



N. 2. Acaso me direis: *muestranos tu Dios*. Muestrame tú, que eres hombre, y yo te mostraré mi Dios: muestrame, que miras con los ojos del alma, y que oyes con los oídos del corazón. Porque así como los ojos del cuerpo distinguen todos los objetos terrenos y sensibles, la luz, las tinieblas, las sombras, las figuras, los bultos; y así como los oídos del cuerpo juzgan de la naturaleza de la armonía de los sonidos; del mismo modo los ojos del alma y los oídos del corazón pueden ver y oír á Dios. Pero Dios no se hace visible á todos los que tienen ojos, sino solamente á los que los tienen puros y sanos; mas no porque los ciegos no puedan ver la luz del sol, dexa esta de resplandecer en el universo. Los pecados, los crímenes, la impiedad, todo esto ofusca los ojos del alma é impide contemplar á Dios; porque es un espejo obscuro, incapaz de reflectar la luz.

Si quierés, pues, que yo te muestre mi Dios, muestrame primero, que no eres vicioso, ni ladrón, ni impostor, ni orgulloso, ni envidioso, ni colérico, ni maldiciente, ni avaro, ni desobediente á tus padres, ni desnaturalizado para con tus hijos. Porque Dios no se dá á conocer á aquellos, que están infectados de semejantes vicios, si no es que primero cuiden de purificarse. Pues así como en el ojo se congregan á veces ciertos humores, que le impiden ser herido de los rayos del sol; no de otra manera, del

seno de los vicios y de la impiedad se levantan vapores espesos, que quitan la vista del divino Autor del universo.

N. 3. Me dirás ahora: tú, pues, que ves, describeme una fiel imagen de Dios. La imagen de Dios no puede dibuxarse. Nuestros sentidos no alcanzan á la Divinidad, cuyas perfecciones todas son muy superiores á nuestras expresiones, á nuestros pensamientos y á todos nuestros esfuerzos: y así no podemos representarnos su gloria, medir su inmensidad, sondear sus profundidades, comparar con nada su poder, formar una cabal idea de su sabiduría, imitar su beneficencia, y ni siquiera referir sus beneficios.

Si yo la llamo *luz*, nombro una de sus obras; *verbo*, es la palabra por medio de la qual manda; *inteligencia*, es su sabiduría; *espíritu*, es su sople (a) criador; *sabiduría*, es su produccion; *fuerza*, es su poder; *virtud*, es su atributo; *providencia*, es su bondad; *rey*, *señor*, es su gloria, su calidad de juez supremo; *juez*, es su justicia; *padre*, lo es de todos los seres; *fuego*, es su cólera. ¡Cómo! ¿Dios monta en cólera? Sí, contra los malos y los impíos, á quienes castiga, así

(a) Parece que nuestro Autor alude á aquel pasage del Génesis: *Deus inspiravit in faciem ejus spiraculum vite*. El alma hecha á imagen de Dios, es la produccion de este sople

*divino*. Esta explicacion tan natural desvanece las dificultades y la indecencia, que los Comentadores veían aquí en el texto; el qual no necesita de mutacion alguna

como es bueno y misericordioso para con los que lo aman y lo temen.

N. 4. Es sin principio, porque es increado; inmutable, porque es eterno: todo descansa en él; todo se mueve y vive por él: todo lo hace, todo lo conserva, de todo cuida. Él es *señor*, porque domina sobre todo; es *padre*, porque es antes de todo; *criador*, porque todo lo ha hecho de la nada; *altísimo*, porque es sobre todo; *omnipotente*, porque todo lo tiene en su mano, los cielos mas elevados, los abismos mas profundos, las extremidades de la tierra, y ocupa todos los lugares. El cielo, la tierra, el mar son obras de su mano: él ha criado el sol, la luna y las estrellas, para medir el tiempo, arreglar los días y los años, para servicio del hombre, á quien ha formado á su imagen. Finalmente Dios ha sacado de la nada á todos los seres, para darse á conocer por sus obras, y para grabar en ellos algunos rasgos de su sabiduría y de su grandeza.

N. 5. Así como el alma encerrada dentro del cuerpo no se dexa percibir por los sentidos, y no obstante se manifiesta claramente por medio de la vida y del movimiento, de que es principio para el cuerpo; de la misma suerte Dios, aunque invisible, se muestra á cada uno de nosotros por su providencia y por sus obras. Si quando ves, que un baxél navega en alta mar, ó que toma puerto, no dudas, que habrá un piloto que dirija toda aquella maniobra; ¿por qué has de

poner duda en la existencia de un Dios, que rige y mueve el universo, sin mas motivo que porque no lo ves? Y si no puedes mirar de hito en hito al sol, débil elemento, ¿cómo es posible, que el hombre mortal sostenga el resplandor de la gloria del Dios eterno? Los granos apiñados dentro de la granada no pueden comunicarse con lo que hay de la corteza para afuera; así el hombre encerrado en la mano de Dios, juntamente con todas las criaturas, no puede tampoco alargar sus miradas hasta Dios.

El Emperador no es visto de la mayor parte de los habitantes de sus dilatados dominios; mas no por eso hay quien sea tan insensato, que niegue su existencia: porque sus leyes, sus oficiales, sus imágenes, su poder, cuya impresion se hace sentir del un extremo al otro de su imperio, lo dan bastante á conocer. Y qué; ¿la omnipotencia de Dios, la inmensidad de sus obras darán lugar á que lo desconozcamos?

N. 6. Sí, Autólico; contempla las obras de Dios, ese orden y esa vicisitud arreglada de las estaciones, de los meses y de los años; esa admirable y prodigiosa diversidad de semillas, de plantas, de frutos; los animales, que ya caminan ó andan á rastra sobre la tierra, ya vuelan por el ayre, ya nadan sobre las aguas; el ardor y la industria, que el Criador les ha comunicado, para que se multiplicáran, se alimentáran y criáran á sus hijos. Mas no creas con todo eso, que los

animales ó las plantas hayan sido el término de los designios de Dios; sino indubitavelmente el hombre, para quien preparaba Dios alimentos y servidores. Repara, cómo todo ha sido dispuesto para el hombre, cómo todo está subordinado á sus necesidades ó á sus placeres. Mira ese curso igual y nunca interrumpido de los riachuelos y de los rios; ese orden, por el contrario, variado con tanta sabiduría, que guardan las lluvias y los rocios, para refrescar á la tierra y fertilizarla.

Sigue luego el curso prodigiosamente rápido y siempre invariable de los cielos: Considera la resplandeciente aparición del astro de la mañana, que viene á anunciar la salida de otro astro mucho mas resplandeciente todavía: cuenta, si es posible, ese número innumerable de cuerpos luminosos, á cada uno de los cuales le ha señalado Dios el camino, y le ha puesto un nombre particular. Sí; Dios solamente puede haber sido autor de todas estas maravillas, y haber sacado la luz del seno de las tinieblas, esa luz tan dulce, tan encantadora, tan apetecida de los mortales, quando se ven privados de ella. Dios solamente puede haber señalado límites, que no pudiera traspasar el mar, y haber sondeado sus abismos: solo Dios puede haber reunido en sus tesoros las aguas, la nieve, el granizo, para luego derramarlos á su voluntad: y él solamente puede atemorizar á los hombres con el ruido de su true-

no, preparandolos primero con el fuego de los relámpagos, y velar para que los rayos no abrasen ó destruyan á la tierra.

N. 7. Ya ves á mi Dios, Señor supremo de todo el universo, que solo ha dilatado los cielos, y debaxo de ellos ha echado en el agua los fundamentos de la tierra; que manda en el mar, altera sus olas, las mitiga, envia su espíritu, y todo vive: de suerte que si lo hiciera volver á sí, todo pereceria en un instante. Ese mismo espíritu es quien te comunica el habla, el movimiento y la vida: y con todo eso ¿lo desconoces? ¡Oh! ¡Cuán ciega está tu alma, y cuán endurecido tienes el corazon!

Ponte en manos del médico, que él te curará, y alumbrará los ojos de tu alma. ¿Y quién es ese médico? Dios, que todo lo ha hecho por medio de su verbo y de su sabiduría, y que mediante su verbo y su sabiduría, lo cura y vivifica todo. Su sabiduría ha dado seguridad á la tierra, ha levantado los cielos, ha barrenado los abismos, y hace que los rocios destilen del seno de las nubes. Si sabes comprehender todas estas cosas, si eres hombre, si vives santamente, podrás ver á Dios: pero ante todas cosas es necesario, que la fe y el temor de Dios santifiquen tu alma. Quando te hayas despojado ya de la mortalidad, y estés revestido de la inmortalidad, entonces verás á Dios segun tus méritos. Dios resucitará tu cuerpo, te tornarás en inmortal, y

verás al Eterno, con tal que creas en él desde ahora. Entonces tambien conocerás, cuán insensatos eran tus discursos.

Pero tú no quieres creer, que los muertos resuciten: quando llegue el caso, lo creerás á pesar tuyo: bien que si no crees ahora, esta creencia tardía no libertará á tu incredulidad de los castigos que le son debidos. ¿Y por qué te has de obstinar en no creer? Tú no te cuidas de que la fe dirija y preceda necesariamente á todas tus acciones (a). ¿Quién es el labrador, que podría

(a) Este es un principio de la sana y profunda Filosofía. El hombre reducido á sí mismo no es capaz de nada: el rey de los animales es el mas indigente y el mas miserable de todos. El defecto capital del hombre y su destino exigian que no saliese de este humilde estado: el defecto capital del hombre es el orgullo; su flaqueza y su dependencia debrian servir á esta de contrapeso, y darle á aquella la mas eloqüente leccion de humildad. Establecidos los hombres en sociedad, las necesidades recíprocas, y que se suceden incesantemente, eran el único lazo indisolu-

ble, que podia mantenerlos unidos, á pesar de las pasiones, que de continuo se dirigen á dividirlos. Por lo qual vemos, que el hombre sitiado de necesidades y devorado de deseos, no cesa de implorar á los hombres de todas condiciones: y que engañado ó desechado de sus semejantes, débiles y engañosos como él, y ambiciosos de los mismos bienes, por consiguiente rivales y enemigos suyos, jamás se cansa de pedirles, ni de confiarse; jamás se cansa de ser engañado, ó desechado. La voz de la naturaleza, ilustrada por la razon y la experiencia, y guiada por la

segar, si no confiara su semilla á la tierra? ¿Quién atravesaria el mar, si no hiciese confianza del navio y del piloto? ¿Qué enfermo recobraría la salud, si no se pusiera desde luego en manos del médico? ¿Qué arte, qué ciencia aprenderias, si no comenzaras dando crédito al maestro, que te la habia de enseñar? ¿Con que el labrador ha de confiar en la tierra, el navegante en el mar, el enfermo en el médico, el ignorante en su maestro, qualquiera que sea; y tú insistirás en no querer confiar en Dios, que te ha dado tantas pruebas sensibles y victoriosas de su veracidad, y del interés con que mira al hombre? Nada eras tú antes que Dios te criara; nada eran tampoco los autores de tus días, hasta que Dios formó el cuerpo de un poco de tierra, que tampoco existía, hasta que Dios la crió. ¿Cómo es, pues, que tie-

Religion, jamás engaña; ¿por qué, pues, el hombre no la escucha? ¿Por qué no la sigue? De este modo aprenderia á no confiarse del hombre, sino con reserva; y á no confiar plenamente sino del autor de su sér, que es el único poderoso, benéfico, verdadero y fiel en sus promesas: aprenderia, digo, que la felicidad, la sabiduría y la riqueza del hombre no consisten en extenderse sin límites, sino antes bien en ceñirse mas y mas, en disminuir sus necesidades, en suprimir ó disminuir sus deseos, en dar mucho, pedir poco y contentarse con menos todavía; en no esperar nada de la fortuna, que de por sí es nada; en trabajar como si nada hubiera que esperar de la Providencia, y en esperar todo de la Providencia, como si él nada hubiera hecho.

nes resolucion para creer en vanos simulacros, obra de los hombres, y en los prodigios que se les atribuye, y no crees en Dios, á quien debes tu sér y tu vida? Los nombres de esos pretendidos Dioses no son otra cosa que nombres de hombres muertos; y ¡qué hombres!

N. 9. y sig. Despues de haber encarecido los absurdos é infamias del Paganismo y de sus Dioses, que no son sino demonios; Yo, pues, continúa Teófilo, honraré mas bien al Emperador, que á todos vuestros Dioses: pero lejos de adorarlo, oraré por él, y adoraré al único verdadero Dios. El Emperador no es ningun Dios, sino un hombre, á quien Dios ha colocado sobre el trono, no para que sea adorado, sino para que administre justicia y reciba los honores legítimamente debidos á su dignidad. Y si el Emperador no permite, que ninguno de sus vásallos tome el nombre de Emperador, con mayor razon el nombre de Dios deberá reservarse para Dios solo. Honrad todos, pues, al Emperador, someteos á él, obedecedle; pero orad por él á Dios, y de este modo observaréis el precepto divino.

N. 13. Todo el fundamento que tienes para negar la resurreccion de los muertos, consiste en solo decirme: muestranos un hombre resucitado, y la creeré. Pero ¿qué mérito será el tuyo, si no crees hasta que veas? ¿No crees por ventura la resurreccion de Hércules y de Esculápio? ¿Cómo, pues, no crees lo que el mismo Dios te asegu-

ra? ¡Ha! Quizá no creerias tampoco, aun quando yo te hiciera ver un muerto resucitado.

Mira cuántos motivos y medios te ha suministrado Dios, para creer este misterio: mira cómo los tiempos, los días y las noches se renuevan, y por decirlo así, resucitan. Las mismas semillas y los frutos son tambien imágenes de la resurreccion de los cuerpos: puesto que el grano de trigo, por exemplo, arrojado en tierra, muere, resucita y produce espigas. ¿Y no resucitan tambien los árboles, quando en aquella estacion, que Dios les ha señalado, producen nuevos frutos? Hasta los granos, que el gorrion ha tragado, si los vuelve á arrojar sobre la tierra, se ve que echan raíces, y que producen una nueva planta. ¿Y no se encuentran tambien símbolos de la resurreccion en el Cielo, igualmente que sobre la tierra? ¿No muere y renace en cada mes la luna para nosotros? El hombre mismo, quando se vé affigido de una larga y peligrosa enfermedad, pierde su salud, y una gran parte de su substancia; y Dios se la restituye, restableciendolo en su primer estado. ¿Qué se habia hecho, pues, aquella salud, y cómo la recobra el hombre? Esto proviene, me dirás, del alimento que ha tomado, el qual se ha convertido en su propia substancia. En hora buena; mas no por eso dexa de ser todo esto obra de Dios, y de Dios solo; sin que haya otro que pueda obrar tan maravillosos efectos. Por esta muestra, pues, de su poder, quiere Dios hacer-

nos comprender, que no le es mas difícil resucitar todos los cuerpos.

N. 14. Sal, pues, por fin de tu incredulidad. Yo tampoco creía antiguamente; pero creí al cabo, despues de haber profundizado las razones que hay para creer. Los oráculos de los Profetas, inspirados por el espíritu de Dios, que yo leí con la mayor atencion, me hicieron creer resueltamente. Sus profecias ya cumplidas nos aseguran la verificacion de las que todavía están por cumplirse. Yo he obedecido á Dios, yo he creído; haz, pues, lo mismo; porque si te obstinas en no creer ahora, no creerás tampoco quando llegue el día, en que seas arrojado á los eternos suplicios, anunciados tambien por los Profetas. Vuestros Poetas, vuestros Filósofos, que han venido despues, los han copiado, alterando la verdad de sus oráculos.

Las Escrituras nos han anunciado los suplicios destinados para los malos, á fin de que huýamos de ellos. Lee y releé nuestras Escrituras con toda la aplicacion de que eres capaz; y está cierto de que si te guías por su luz, te libertarás de estos males, y te asegurarás las recompensas eternas de Dios. Este Dios, que ha unido nuestra alma á un cuerpo, exáminará todas nuestras obras, las juzgará, y premiará á cada uno segun sus méritos. «A los que, por su paciencia y por su justicia, han merecido la inmortalidad, dará Dios la vida eterna, la alegría, la paz, el

descanso, y una multitud de bienes, que los ojos no han visto, los oídos no han oído, ni el corazón del hombre ha sentido. Mas por lo que toca á los incrédulos y soberbios, que reusan creer la verdad, y creen la iniquidad, que se han contaminado con la embriaguez y la impureza, con la avaricia y la idolatría, la cólera y la infelicidad, tendrán por galardón un fuego eterno.“ (Rom. 2. I. Corint. 2.)

Dixisteme, amigo mio, *muestrame tu Dios*: hélo, pues, aquí, y yo te exhorto, á que creas en él y lo temas.